

Bautista—éste era el nombre del niño,—acababa de salir de una larga enfermedad, de la que gracias únicamente á su juventud, había podido librarse. Sin embargo, como su convalecencia le había devuelto su ánimo, aunque no todas las fuerzas, y el médico le había permitido levantarse y comer un poco, el niño se creía completamente curado, y se había hecho prometer de su tía, en cuya casa estaba, que saldría el día de Pascua si hacía buen tiempo. He aquí explicada la alegría de Bautista al despertarse.

—¡Qué felicidad,—se decía,—abandonar esta horrible habitación en que tanto tiempo me he aburrido! Pero yo me indemnizaré hoy corriendo en el campo con mi prima.

Y poniéndose de pié sobre el lecho, empezó á gritar con todas las fuerzas de sus pulmones:

—Teresa, Teresa, tráeme mis vestidos,—quiero levantarme.

—¿Quieres estar quieto?

—Bueno, pero dí á mi tía que me traiga los vestidos.

—Aquí los tienes.

—No son estos,—exclamó Bautista.—Te pido el traje de los días de fiesta. Ya sabes que hoy he de salir.

—Todavía no puedes salir, el médico lo ha prohibido; además hace frío, y te pondrías peor.

—¿Qué hace frío? ¡Bah, con un sol tan magnífico! Mi tía me ha prometido llevarme á misa, y lo cumplirá.

—No por cierto. Hace una hora que se ha marchado.

—Eso no es verdad,—dijo Bautista impetuosamente, acabo de oírla hablar.

Y se puso á gritar desaforadamente:

—¡Tía, tía!

—Te digo que está en la iglesia con tu tío y tu prima.

Entonces, como todos los niños contrariados en sus deseos, Bautista hizo un gesto de mal humor y ocultó la cabeza bajo la manta, diciendo á Teresa:

—Eres muy embustera. Tráeme mi desayuno.

En el mismo instante se oyó una voz fresca que gritaba;